

rio más de ciento veintidos millones." 1

En presencia de estos hechos prodigiosos, y en pié sobre los lugares mismos que fueron teatro de ellos, dejo pensar á cada uno lo que puede y lo que debe sentir el viajero. El hombre siente oprimido su corazón al seguir paso á paso los largos circuitos de esta vía dolorosa, húmeda con sangre y lágrimas, por donde pasaron sucesivamente los pueblos del Oriente y del Occidente, mutilados, despojados y encadenados al carro triunfal del orgullo y de la crueldad romanas: el cristiano busca una iglesia para ir á expresar todo su reconocimiento al Dios libertador, cuya cruz rompió el cetro de hierro que pesaba sobre el mundo: el hombre, y cristiano, al recuerdo de lo que éramos y de lo que seríamos todavía, no encuentra palabras para calificar á aquellos que en su delirio impío se atreven á ultrajar al cristianismo, al cual debemos todo lo que somos.

## 27 DE ENERO.

Consistorio público en el Vaticano.—Cinco cardenales más.—Tradicion del sombrero.—Anécdota.—Vuelta al Forum.—Segunda página del triunfo.—Mercado de esclavos.—Suerte de los esclavos entre los Romanos.

Otra fiesta triunfal nos llamaba al Vaticano. Ayer habíamos visto á la antigua Roma exaltando hasta el paroxismo el orgullo de sus triunfadores; hoy nos era dado ver á la Roma cristiana enseñar á sus príncipes la abnegacion y la humildad más completas. En el Capitolio, un esclavo estaba obligado á repetir al vencedor: "Acuérdate que eres hombre." En el Vaticano, el Vicario de Jesucristo decía á los príncipes nuevamente elegidos:

1 Patercul., II, 56; Appian., de Bell. civ., 802.

"Acordaos de que debeis consagraros á los hombres vuestros hermanos, hasta la efusion de sangre." Cinco cardenales, creados algunos dias ántes por Gregorio XVI, recibian hoy el sombrero rojo, signo misterioso de su dignidad. Hé aquí algunos pormenores sobre aquella augusta ceremonia, tan diferente, en su espíritu, de las pompas de la víspera.

El salon ducal del Vaticano estaba magníficamente adornado; en el fondo se levantaba el trono en que estaba sentado el Santo Padre, que tenia á derecha y á izquierda al sacro Colegio; á la entrada de la sala estaban los recién elegidos; asistíamos á un consistorio público. Uno de los protonotarios apostólicos leyó algunas piezas relativas á la beatificacion de un santo, cuyo nombre he olvidado. Acabada la lectura, los reapiendarios vinieron sucesivamente á prosternarse á los piés del soberano Pontífice, quien les abrazó y les puso en la cabeza el sombrero cardenalicio, pronunciando esta notable fórmula: "Recibid este sombrero rojo, signo de la dignidad del cardenato, y que os obliga á consagraros al bien de la Iglesia y de los fieles, hasta la efusion de sangre." 1 El Santo Padre no hizo más que poner el sombrero en la cabeza de cada cardenal, y éste lo puso en manos del maestro de ceremonias, pues por la tarde debía llevarseles ese mismo sombrero solemnemente á los príncipes de la Iglesia.

Antes de hablar de esta brillante fiesta, debo agregar que, en un consistorio secreto, el Santo Padre "cierra la boca" á los cardenales que acaba de crear; esto signi-

1 Ad laudem omnipotentis Dei, et sanctæ Sedis Apostolicæ ornamentum, accipe galerum rubrum, insigne singularis dignitatis Cardinalatus, per quod designatur quod usque ad mortem et sanguinis effusionem inclusive pro exaltatione sanctæ fidei, pace, et quiete populi christiani, augmento et statu sacro-santæ romanæ Ecclesiæ te intrepidum exhibere debeas, in nomine Patris, etc.

fica que no tienen todavía voz deliberativa en las asambleas del sacro Colegio; más tarde "les abre la boca," es decir, que después de haber consultado á los antiguos cardenales, declara á los nuevamente electos, hábiles para votar con sus colegas 1. Noviciado y profesion, útil enseñanza para todos; hé ahí lo que debe verse en esta doble ceremonia. Además, la promocion no es completa sino por la tradicion del anillo y la designacion del título. El cardenal ausente de Roma, debe jurar al recibir el birrete, que se trasladará en el término de un año "ad limina apostolorum," so pena de perder su dignidad 2.

Los cinco cardenales elegidos eran sus Eminencias: Acton, Vanicelle, Corsi, Schwarzenberg, sobrino del generalísimo de las tropas austriacas en 1214, y Monseñor Massimo. Este último pertenece á la familia de los príncipes Massimo, una de las más ilustres de Roma y que pretende descender de "Fábulo Máximo." Se nos contaba á este propósito la anécdota siguiente: Cuando el emperador de Austria vino á Milan, hace algunos años, á tomar la corona de hierro, el Santo Padre mandó una diputacion á cumplimentarle, y de ella formaba parte el príncipe Massimo, hoy cardenal. Se habia hablado al emperador de la pretension de aquella familia: "Tengo curiosidad, dijo el príncipe, de ver á un descendiente de los antiguos Romanos." En la audiencia se dirigió á Monseñor Massimo, y le dijo: "Vuestra familia pretende descender de Fábulo Máximo; esta genealogía ¿es cierta?—Todo lo que puedo decir á Vuestra Majestad, respondió el embajador, es que así se cree en Roma hace dos mil años"

1. Aperimus vobis os, tam in collationibus quam in conciliis, atque et electione summi Pontificis, et in omnibus actibus, tum in consistorio quam extra, ad cardinales spectant, et quos soliti sunt exercere, in nomine, etc.

2 Constit. de Sixto V, Postquam, etc.

Mientras el sacro Colegio se dirigía á la capilla Sixtina para cantar el "Te Deum" en accion de gracias, nosotros dejamos el Vaticano. La fisonomía de la ciudad anunciaba la proximidad de una fiesta. En todos los países, al nacimiento de los príncipes, árbitros futuros de los destinos de los pueblos, se hacen grandes rigocijos. Aquí los cardenales son los príncipes de la sangre, y esta tarde nacian cinco! Al "Ave María" hubiérais visto los edificios iluminados, numerosas orquestas delante de los palacios de los nuevos príncipes, un pueblo inmenso en las calles y en las plazas, brillantes carruajes surcando entre la multitud y llevando á los embajadores, á los príncipes, á todo lo que Roma contaba de extranjeros de distincion, hácia la morada de los cardenales, á quienes iban á ofrecer felicitaciones y homenajes. Gracias á Monseñor B... nosotros fuimos de la fiesta, y visitamos sucesivamente á los cinco elegidos del sacro Colegio.

Nada tan brillante como la iluminacion de sus palacios. Los dibujos más variados y graciosos encantaban la vista y hacian creeren algunos encantamientos de la Edad Média. Una escalera verdaderamente real, cubierta con ricos tapices, iluminada por una doble línea de cirios de cuatro piés de altura y de un grueso proporcionado, conducia al "Piano novile," ó primer piso del palacio. Entre dos ileras de lacayos y de suizos de gran librea roja, listada de blanco y azul, y que tenian en la mano cirios gigantescos, se llegaba al umbral de los salones. El cardenal no lleva en ese dia más insignia de su nueva dignidad que el solideo rojo. El resto del traje se compone de una levita negra á la francesa, de un pequeño manteo de seda del mismo color y de la misma longitud que la levita; de un calzón corto y medias negras. El está en la puerta de su habitacion, en pié y con el sombrero en la mano; llegais, os saluda y



os dirige algunas palabras; pasais más lejos, y tomais parte de la conversacion general; en cuanto á él, permanece en su puesto; así lo exige la costumbre que le prohíbe igualmente sentarse durante la reunion. Al salon del cardenal sigue la sala del trono; ésta es una pieza ricamente decorada, en donde se encuentra, de rigor, el retrato del Santo Padre. Abajo del retrato y vuelto hácia la pared, está un gran sillón exclusivamente reservado al soberano Pontífice.

Entretanto se esperaba con impaciencia el sombrero que debía ser llevado con gran pompa. Como á las siete salió del Vaticano un coche del Papa que conducia á dos prelados domésticos encargados de llevar la insignia del cardenato. Entraron llevando el sombrero en un plato de plata, y habiéndolo depositado en una mesa detrás de la cual estaba el cardenal, uno de los prelados le dirigió una locucion propia del caso. El nuevo electo repondió y recibió, despues de salir los mensajeros de la gracia, las felicitaciones de todas las personas presentes, á quienes se obsequió con helados, que nos parecieron oportunos, á pesar de que estábamos en pleno invierno. Esta fiesta, notable por el buen gusto y la noble sencillez que en ella reinó, tiene, como la mayor parte de las solemnidades romanas, el privilegio de elevar el alma á los más altos pensamientos. Ver todo lo que el mundo tiene de más poderoso y de más rico, rendir homenaje á los príncipes de esta Iglesia, en otro tiempo oculta en las Catacumbas de esa misma Roma, y perseguida por los grandes y por los Césares de aquellos tiempos, ¡qué extraño espectáculo! Entre los triunfos del Capitolio y las elecciones del Vaticano, hay un abismo, y este abismo no ha podido llenarse, sino con el mayor de los milagros.

## 28 DE ENERO.

Segunda parte del triunfo—Mercado de esclavos.—Condicion del esclavo.—Empleos.—Tratamientos.—Esclavos fugitivos.—Castigo.

Antes de ayer habiamos leído la primera página de la historia de los triunfos; habiamos visto á las naciones despojadas y encadenadas marchar al Capitolio; sus riquezas, sumergidas en los vastos tesoros de la reina del mundo ó arrojadas como pasto á su pueblo de sybaritas; habiamos asistido á la muerte ignominiosa de Simon, hijo de Gioras, que habia pagado con su cabeza, como la mayor parte de los reyes y de los generales vencidos, su valerosa oposicion á la dominacion romana. Pero ¿qué se ha hecho de todo aquel pueblo de prisioneros, destinados como él á adornar el triunfo de Tito? Inmóviles al pié del Capitolio, esperaban con estupor el decreto de los Césares. Habrá sido dulce sin duda, porque Tito es llamado las delicias del genero humano. A fin de juzgar por nosotros mismos, nos dirigimos á buena hora al «Forum» romano; y abriendo los autores de aquellos tiempos, vimos lo que sucedia al dia siguiente de los triunfos; ésta es la segunda página de su historia, ó más bien, el repugnante reverso de la brillante medalla.

Y bien, ¿qué sucedia con los prisioneros notables? los que no eran inmolados ni á Júpiter Capitolino, ni á los manes de los vencedores, se les guardaba en una prision, no en Roma, sino en alguna ciudad fuerte del interior 1. En cuanto á aquellos á quienes su rango ménos distinguido, su influencia personal ó su extrema juventud no les hacian temibles, se les concedia «algunas veces» la libertad 2. Más frecuentemente

1 Tit. Liv., XLV, 42; Polyb., XVI, 5.

2 Appian, *de bell. Mithrid.*, p. 418.

se les daba por prision Roma, en donde confundidos entre la multitud de los ciudadanos, debian proveer por sí solos á sus necesidades 1. Véamos ahora cuál era la suerte de los prisioneros vulgares, es decir, de las poblaciones enteras, llevadas como un vil botin.

Con el fin de apreciar el respeto del paganismo hácia la humanidad, quisimos seguirles en las diferentes facies de su existencia, desde el dia de su llegada al pié del Capitolio, hasta el momento de su muerte. Unos eran destinados al anfiteatro, y debian divertir al pueblo-rey con el espectáculo de sus dolores. Otros estaban destinados á la esclavitud y á ser vendidos en almoneda; y el producto de la venta iba á enriquecer el tesoro del imperio 2.

Hácia el centro del «Forum» no lejos de la «Grecostris» de la cual están aún en pié algunas ruinas, se levantaba el templo de Castor y de Poyux 3; allí tenia lugar el gran mercado de esclavos. Los tratantes revendian allí en pormenor la carne humana que habian comprado por mayor á la república 4. Aquí fueron vendidos nuestros padres, nuestras madres, nuestros hermanos y nuestras hermanas, por que ni la edad ni el sexo se tenian en cuenta; la victoria se habia hecho la proveedora general de la servidumbre 5. Al dia siguiente del triunfo, en toda la longitud de la fachada del templo y de los pórticos vecinos, habianse levantado cadalsos y en ellos se veian hombres, mugeres, jóvenes de ambos sexos, niños y niñas 6. Todos en un estado casi completo de des-

1 P. *Æmil.*, 59.

2 Tacit., *Hist.* III, 34; Tit. Liv., VI, 4; Plutarch., *M. Cato* 43; Tit. Liv., c. V, 53; Valer. Max. VI, 5, 1.

3 Senec., *de Consol. sapient.*, 13.

4 Tit. Liv. II, 17, Cic. *ad Attic.*, IV, 6; id. *Halycarn.* IV, 6; id. *de Bello Gall.* VII, 89.

5 *Cæs. de Bell. Gall.*, III, 13; Plutarch., *M. Cato*, 43.

6 Plin. XXXV, 18, etc., etc.

nudez, tenian un pequeño rótulo suspendido al cuello; algunos llevaban en la cabeza un gorro de lana blanca, y otros una corona de hojas. La mayor parte tenian los piés desnudos y frotados con creta ó con yeso 1.

Un hombre de un rostro innoble y de un aire brutal y grotesco, se paseaba delante de cada cadalso, y dirigiéndose á la multitud con una volubilidad y una seguridad imperturbable, exclamaba: «Nada me obliga á vender, ciudadanos; yo no soy rico, es verdad, pero á nadie debo nada. Otro no os los venderia á ese precio, y yo no los daria á otros, sino á vosotros, ilustres Romanos. Hé aquí, continuó, designando á un jóven; examinad cuán bello es; qué bien formado de los piés á la cabeza; os garantizo su frugalidad, su probidad, su docilidad; obedece á la menor señal; es como la arcilla de que se puede hacer todo lo que se quiere. Sabe algo de griego y os cantará tambien en la mesa aun cuando no haya música.» Luego, golpeándole en las mejillas, decia: «¡Oid como suena! ¡qué carne tan firme! nunca la enfermedad hará presa aquí. Ciudadanos, yo lo daré por ocho mil sestercios; esto es casi nada» 2.

Pasando en seguida á otro muchacho: «Vamos, tú, le decia, haz ver tu gentileza á los señores del mundo;» y el pobre muchacho se ponía á saltar, á dar vueltas, á brincar en el tablado y á hacer mil arremacos para tentar á la multitud que le miraba. «¡Es listo! ¡es bonito! ¡es gracioso!» añadía el hombre. «Pero entrad á mi taberna, ciudadanos, y vereis lo mejor. Esto no es más que la muestra; todo lo que tengo de más raro, de más bello, de más delicado, de más admirable, está en mis ta-

1 Senec., *Ep.* 45; *Aul. Gell.*, IV, 2; id., VII, 4; Tit. Liv., XXIV, 16; *Aul. Gell.*, id.; Plin., XXXV, 17 *Juv.*, VIII, 1; V, III.

2 Horat. *Epist.* II, 2. vers. 2; *Digest.*, XXI, tít. I, leg. 19, 2; Pers., *Sat.* V, 77.



blados interiores; dignaos entrar, ciudadanos, dignaos entrar<sup>1</sup>.

Este innoble principio no era para el esclavo más que el preludio de ignominias y de crueldades mayores que se le esperaban. Una vez vendido y pagado, se hacía en cuerpo y alma propiedad de su señor; ninguna ley, ningún artículo de ley, había para proteger su vida, su virtud. Segunda especie humana, tan vil como nula, cosa, y no ser inteligente, incapaz de toda propiedad, sin patria, sin familia, sin ninguna diferencia legal entre él y las bestias, vive, muere, á voluntad del déspota que tiene los piés sobre su cuello y que hace de él, el juguete de todos sus caprichos<sup>2</sup>. Ser despreciado, al cual le habla el señor, para no profanar su palabra, por medio de signos, ó por escrito, ó á golpes. Verdadero pillo de esos que son azotados en las cárceles, cuya vida tiene la ley en tan poco, que tratándose de una causa judicial, ya se le presente como acusado ó como testigo, no se le interroga sino en el caballete; y cuando lo pide algun abogado, su señor lo envía sin dificultad al tormento, exigiendo solo una caucion por el menoscabo que en él pueda sufrir<sup>3</sup>. Y sobre aquel señor que tiene su vida en sus manos, y que lo puede romper como si fuera un vaso, el esclavo debe velar como por la niña de sus ojos. Desgraciado de aquel que haya muerto á su señor; la ley quiere que todos los demas que estén presentes en la casa, inocentes ó culpables, sean entregados al suplicio y á la muerte<sup>4</sup>. Tal

<sup>1</sup> Stat. Sylv., II, 1, V, 72; Mart., IX, 60; Senec., Ep. 47.

<sup>2</sup> Servi per fortunam in omnia obnoxii, quasi secundum hominum genus sunt. Flor., III, 20; Digest., leg. III de Capite minutis; Caius, Instit., 1. 52; Juv., Satyr. VI, vers. 219.—Caput enim servile nullum jus habet, caret nomine, censu, tribu. Paul. lib. III, de Cap. diminut.

<sup>3</sup> Senec., Ep. 47; Tacit. Ann. XIII, 23; Paul. Sentent., V, 16 § 3.

<sup>4</sup> Cic. ad Tamil., IV, 12; Digest., ad S. G. Sillanianum leg. XIII.

es el yugo de hierro que le sujeta y que pesará sobre él hasta su último suspiro....

Entretanto, estará condenado á todos los oficios más penosos y más bajos. Para juzgar mejor de su condicion, sigámosle á la casa de su señor; más de ciento veinte empleos le esperan á él y á sus compañeros de infortunio; nombremos algunos de ellos. Pasamos ya el umbral de la puerta, y estamos en el vestibulo; á la derecha y á la izquierda ved dos nichos; en el uno está un perro, en el otro está el esclavo «Janitor.» Está encadenado, y si la casa cambia de señor, será vendido con la casa, como si estuviese invenciblemente adherido á la pared en que está fija y sellada su cadena, y como si formase parte integrante de la construccion<sup>1</sup>. A pocos pasos se presentan los barredores (mediastini, scopatores); unos están en pié sobre banquillos; otros están encogidos en el suelo; todos con la escoba, el cepillo, el pedazo de púrpura ó la esponja en la mano, dejan limpias como cristales, las columnas de mármol del pórtico y el mosaico del átrio<sup>2</sup>. En el ángulo del atrium está el «atriensis», esclavo encargado de guardar los armarios («armaria») en donde están encerrados los registros de la casa y las imágenes de los antepasados<sup>3</sup>. Bajemos á las cocinas. En esas piezas importantes de las casas romanas, hay una multitud de esclavos; cuyo único cuidado es inventar y dejar listos manjares capaces de despertar el gusto ya extenuado de los Apicius. El cocinero («coquus») prepara las viandas, y á fuerza de paciencia llega á servir un puerco entero, cocido por un lado y asado por el otro; el pastelero («pistor dulciarius») hace sus pasteles perfumados con todos los aromas de la Arabia y de la In-

<sup>1</sup> Suet., de Clar. Rethor., 4; Appian., de Bell. civ. IV, 971.

<sup>2</sup> Vitruv., lib. VII, c. 4; Horat., liv. II, Sat. VIII.

<sup>3</sup> Varr. lib. VII, de L. L.

dia; por temor de que el sudor caiga en el pastel, se le obliga á ponerse un velo en la cabeza, mientras trabaja<sup>1</sup>. El lactario («lactarius») le da la crema y la leche; el placentario («placentarius») le da los instrumentos que necesita; el pomario («pomarius») suministra las manzanas y el «focarius» mantiene el horno al calor conveniente; el celario («cellarius») guarda las bebidas preparadas en el oficio; el «permarium» preserva de las moscas y del polvo, el aceite, la salsa, la miel, y en general todo lo que debe ir muy pronto á la mesa; pero desgraciados de ellos si un solo manjar carece de sabor ó de perfume! Un gusto ejercitado debe presidir á la eleccion de los alimentos; el gustador («obsonator») está encargado de esta peligrosa operacion.

Ya preparado el almuerzo, mirad venir á los invitadores («invitatores, vocatores») que pronuncian los nombres de los convidados, mientras los «infertores» llevan los manjares arreglados con simetría á las mesas con los («structores»). Los convidados se extienden muellemente en sus lechos cubiertos de plumas y rosas preparados por los lecticarios [«lecticarii lectisterniatores.»] El ujier de vianda [«scissor, carpator,»] corta las viandas que los distribuidores [«distributores»] ponen en platos de oro y el pan en cestas de plata. Pero en el paso de la cocina al «triclinium,» ha podido evaporarse el perfume de los manjares; el «prægustator» está allí para asegurarse de si pueden ser presentados con confianza. Entre las mesas circulan los copeiros [«pocillatores»] que dan de beber á los convidados el vino de Falerno, mezclado con aromas, en copas de oro enriquecidas con piedras preciosas. Tras ellos marchan los «vicarios» que presentan en vinajeras de oro y de plata, agua tibia y agua fria [«calidæ gelidæque ministri.»] Cerca de

<sup>1</sup> Apul., lib. X. Metam. Athenæus, lib. XII.

los lechos están en pié elegantes jóvenes esclavos, con la cabeza adornada con un gracioso turbante y las piernas y brazos desnudos. Cada uno tiene su oficio; el uno, colocado en la cabecera del lecho, tiene una rama de mirto, y espanta las moscas; los otros, encorbados á los piés de los bebedores ébrios, enjugan las innobles señales de su intemperancia [«mensarum detersores»]<sup>1</sup>.

Diez, quince, veintidos servicios se han sucedido, y á pesar de lo avanzado de la hora, que indica cuidadosamente el «nomenclator,» en despecho del sueño que le agobia, el servicio del esclavo no acaba. Aun pasará todavía mucho tiempo para que tome el descanso y el pan necesario para su vida; poco importa que muera, con tal que su señor se dé gusto. La sala brilla con mil antorchas traídas por los «infertores;» se hacen oír las sinfonías; hé aquí grupos de jóvenes esclavos que vienen á ejecutar danzas lascivas y á cantar al sonido de los instrumentos la gloria de sus buenos señores y las «nobles» pasiones de que están poseidos sus corazones, «citharædi, symphoniaci, chorantes»<sup>2</sup>. Pero la voluptuosidad es seguida siempre de una inseparable compañía. A las danzas lúbricas y á los cantos obscenos, sucede un espectáculo trágico. Son introducidos los gladiadores, la mayor parte esclavos desgraciados, culpables de haber querido sustraerse por la fuga á la barbarie de sus amos. A vista de aquellos espectadores ébrios de vino y de desórdenes, brillan las espadas, chócense unas con otras, la sangre humana corre en olas y el clamoreo de los moribundos se mezcla á los frenéticos aplausos de los convidados<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Martial Egip., lib. III, 41; Senec., de Ira c. 25.

<sup>2</sup> Capitol., in Callian., Sidonius. lib. IX, ep. 13.

<sup>3</sup> Tacit. Annal. lib. 1.



Del triclinium, pasad à los baños, à las alcobas de los señores, à los jardines, à los establos, à todas las partes de la casa, de la ciudad y del campo; no olvidéis ninguno de los empleos domésticos, por bajos y viles que sean; inventad nuevos, desconocidos, inauditos, y estad seguro de hallar entre aquellos señores ricos, altaneros, y voluptuosos hasta el exceso, un esclavo encargado de llenarlos 1. Para saber hasta dónde el orgullo pagano hacia descender al esclavo que era un hombre y tenia una alma inmortal, leed entre mil, el epitafio siguiente que vimos nosotros en un mármol antiguo:

OSA  
AURELLÆ LIVIÆ AUG.  
SER. A. CUR. CAPELLÆ.

«Huesos de Aurelia, esclava de Livia, mujer de Augusto, encargada del cuidado de su perrita.» En el ejercicio de todos estos empleos, tan viles, tan degradantes, tan repugnantes tambien, desgraciado del pobre esclavo culpable de la más lijera negligencia ó de solo la apariencia de ella ó de una distraccion, ¿qué digo? culpable de un suspiro, de un estornudo, de un bostezo durante las sinfonías que acompañan las orgías nocturnas de sus señores 2. El orgulloso Romano, la soberbia matrona que en las circunstancias ordinarias no se digna dirigir la palabra, pero le intima sus órdenes sonándole los dedos, le habla en

1 Plinio traduce este hecho con gran energía: «No andamos ya con nuestros piés, no vemos ya con nuestros ojos, ya nuestra memoria no retiene los nombres de nuestros amigos; vivimos por el cuidado de nuestros esclavos.» *Alienes pedibus ambulamus, alienis oculis agnoscimus, aliena meminisse salutamus aliena vivimus opera.* Lib. XXIX, c. I.

2 *At infelicibus servis movere labra ne in hoc quidem ut loquantur licet, virga murmur omne compeccitur; et nec fortuita quidem verberibus excepta sunt; tussis, sternutamenta, singultus, magno malo ulla voco interpellatum silentium luitur; nocte tota jejuni mutique perstant.*—Senec., *Epist.*, XLVII.

caso de torpeza á varazos, ó con el látigo, ó con un baston. Asan sobre su cabeza la haba mal cocida; el viejo Caton le desgarró la espalda á azotes, porque es demasiado espacioso; Augusto le crucifica por haber matado una codorniz favorita, por haber roto un vaso; Polion le arroja vivo á sus lampreas, y no tiene el derecho de quejarse. Así pasará su triste existencia; luego, cuando esté viejo ó enfermo, se le venderá á un señor más pobre, y por consiguiente más duro. Este era el consejo y la práctica del virtuoso Caton: «Sé buen ecónomo, dice él, vende á tu esclavo y á tu caballo, cuando estén viejos;» 1 ó lo que es más cómodo y ménos bárbaro, se le enviará á la isla del Tiber, abandonado á la gracia de Esculapio. Si se le quiere dejar envejecer en la casa, se le encerrará en su estrecha celda, «cella,» hasta el dia en que cuatro de sus compañeros de servidumbre, elegidos de entre los más despreciados, vengan á llevar su cadáver á algun rincón vil de los Esquilios 2.

¿Ha querido sustraerse por la fuga del yugo intolerable que pesa sobre él? Pues al punto un pregonero público da sus señas por toda la ciudad: «Hace pocos momentos que un esclavo se ha fugado de los baños, tiene cerca de diez y seis años, los cabellos rizados, es fresco y bien hecho, se llama Gytón; aquel que lo devuelva ó lo descubra, tendrá mil escudos de recompensa 3. «Si cae en poder de su señor, sufrirá desde luego una sangrienta flagelacion; luego con su fierro le marcarán la frente con las dos letras (I, O) y F, iniciales griega y latina de la palabra fugitivario («fugitivarius;») ó bien le figurarán alrededor del cuello un collar de hierro con estas palabras: «Tene me quia fu-

1 Plutarch., *in Cat.*, c. V.

2 Horat., lib. I, sat. VII:

..... angustis ejecta cadavera cellis  
Conservus vile portanda locabat arca.

3 Petr.

gi, et revoca me domino meo N.» «Détenme, porque me he fugado, y devuélme á mi señor N.» De esos collares de la servidumbre, monumento horrible de la barbarie pagana, llegaron muchos de ellos á nosotros, para instruccion de los siglos modernos. Nosotros vimos tres en un museo de Roma. Pero aquellos estigmas y aquellos collares de fierro, son todavía un favor; comunmente los leones del anfiteatro ó la lanza de los gladiadores, castigaron al infortunado fugitivo 1.

Tal era la suerte de la mayor parte del género humano, la víspera del dia en que apareció el cristianismo; tal el resumen de la legislacion, de las conquistas y de las pompas triunfales de la antigua Roma; tal es tambien el último rasgo con el cual damos término á su historia.

## 29 DE ENERO.

Roma puramente cristiana.—Carácter de la caridad romana.—Mapa del dolor.—Caridad romana con el recién nacido y el huérfano.—Hospital del Espíritu Santo.—Descripcion de este hospital.

El triunfo, es decir, las pompas del Capitolio y el mercado del «Forum,» nos habian dado la primera palabra de la sociedad pagana. ¡Roma antigua! soberbia reina de la fuerza, ya te conocemos al fin en tus obras y en tu espíritu. Ya era tiempo de buscar un espectáculo más dulce, estudiando tambien en su espíritu y en sus obras á Roma cristiana, la madre de los pueblos y reina de la caridad.

Hé aquí un nuevo viaje que ningun turista ha hecho, y cuyo itinerario no señala ningun guía; por eso está lleno de encanto y de interes. De esta omision más

1 Aul Gell., lib. V, c. 14. Véase sobre los esclavos el Tratado de Pignorius, *de Servis et de eorum apud veteres ministeriis*, in-4.º Augustæ Vindelicæ, an. 1614.

ó ménos volteriana, ¿qué ha resultado? Roma, reina de las artes, es admirada de todos; Roma, madre de los pobres y modelo de las naciones, es calumniada; sus obras, más bellas que sus monumentos, han sido desconocidas; y el espíritu divino que les dió la existencia, apenas entrevisto por algunos, es el objeto de los sarcasmos del mayor número. Porque no participa de la vida facticia, ni de la actividad febril de los pueblos industriales, se la llama muerta. Nada se la da de ello; la Roma de Gregorio XVI es siempre, y en un sentido más noble que la Roma de Augusto, la madre de los hombres y la alimentadora de las naciones: «Alma parens virum... magna frugum.» La caridad es la vida de las ciudades y de los pueblos; pues bien, la caridad corre desbordada en las venas de Roma cristiana, ella es su instinto, y por decirlo así, su esencia propia. El hombre habituado á reflexionar, no debe admirarse de que así debe ser. La ciudad de los Pontífices, centro de la fe, debe ser el foco del amor; la lógica lo dice ántes que los hechos lo establezcan. Además, hombres, quienes quiere que seais, si he de rogaros alguna cosa, será la de no dejaros imponer este axioma «á priori.» Consentid no más, en viajar con nosotros, y el axioma ocupará en vuestro espíritu, bajo la forma de consecuencia, el lugar que merece.

«Salimos á buena hora de la Propaganda y nos dirigimos hácia el castillo de Sant-Angelo, pasando por la plaza del Pueblo y el mausoleo de Augusto; esto quiere decir que habiamos tomado el camino de los escolares. Para sacar provecho de nuestro largo paseo recogimos las señales aisladas, que reunidas, forman el carácter prominente de la caridad romana, cuyas obras íbamos á estudiar.

«Católica,» tal es el signo distintivo de la fe, cuyas luces bajan incesantemente



de las reales colinas; católica, tal es el sello dominante de la caridad romana, hija y madre de la fe.

«Católica,» porque à nadie excluye. Sus establecimientos son el fruto de sus propias economías y de los dónes ofrecidos por las naciones formadas en su escuela. ¡Sublime conspiración de la caridad! en los días de la fe las monarquías y las repúblicas de la Europa cristiana se asociaron á su madre para fundar en el centro de la catolicidad, asilos siempre abiertos al extranjero, cualesquiera que fuesen sus necesidades, su país y su nombre. Raras veces se encuentran en los hospicios de las naciones europeas, aun las más civilizadas, personas extrañas á aquellas naciones. En Roma no hay un hospital, una casa de socorros, que no alimente á ciudadanos de otros países. Recorriendo los nombres de los fundadores ó bienhechores de aquellos establecimientos piadosos, se ve que han concurrido á ellos de todos rangos; y los antiguos archivos mencionan juntamente á papas, á cardenales, á prelados, á reyes, á príncipes, á mujeres, á hombres, privados y oscuros, y sobre todo á santos.

«Católica,» porque es más abundante que en cualquiera otra parte. En su extensa solicitud, Roma ha reunido para los pobres un patrimonio que solo allí se encuentra. Aunque los trastornos políticos lo hayan disminuido considerablemente, llega hoy á más de 764,000 escudos romanos de renta (4.125,600 francos; 825,120 pesos). «En la ciudad más caritativa de Europa, en Paris, los establecimientos de beneficencia gozan de una renta de 5 millones de francos (\$ 1.000,000), y la ciudad agrega 5.500,000 francos (1.100,000 pesos) que hace un total de 10.500,000 francos (2.100,000 pesos). En Roma, las rentas que perciben de sus bienes, son: 1.900,000 francos (380,000 pesos), y del tesoro 2.200,000 francos (440,000 pesos)

por todo, 4.100,000 francos (820,000 pesos). Conviene observar que en Paris, además de las creaciones de la caridad legal, existen sociedades filantrópicas, cuyas limosnas no entran en la cuenta que acabo de hacer. Es preciso saber también que la población de Paris es cinco veces la de Roma; luego, atribuyendo á las sociedades particulares una contribución de 1.500,000 francos (300,000 pesos) por año, en Roma se da casi el doble que en Paris, aunque las ciudades septentrionales tengan más necesidades que satisfacer que las del Mediodía.» 1.

«Católica,» porque tiene en el establecimiento de sus obras la prioridad sobre los otros países. Solo citaré tres ejemplos de ello en este momento: el hospital de San Roque, el hospicio de los Convalecientes y la prisión penitenciaria de San Miguel. El hospital de San Roque es una casa de maternidad, abierta gratuitamente para todas las mujeres, quienes pueden ir á ella á sepultar, en el más misterioso silencio, el secreto de su falta, al mismo tiempo que encuentran allí todos los cuidados que su estado exige. Fué formado en 1770, mucho tiempo ántes que el de Viena, que precedió á todos los demás. En Francia estábamos todavía haciendo la teoría de lo que Roma practicaba hacia más de ochenta años. 2 El hospicio de los convalecientes fué fundado en 1548 por San Felipe Neri. Es anterior más de dos siglos á todos los del mismo género, puesto que el hospicio de la Samaritana, de que se vanaglorian los ingleses, no data sino de 1971. 3 La prisión penitenciaria de San Miguel, es el tercer ejemplo que quiero citar.

1 M. Morichini, *Instit. de Benef. de Roma*, p. 25.

2 Véase á M. de Gerardo, de la *Benef. pública*, t. IV, p. 335.

3 oTurnon, *Estudios estadísticos*, t. II, página 118.

Cuando á fines del siglo último presentaron los Estados Unidos á la Europa maravillada sus numerosas penitenciarías, nadie dudó del origen americano de esta institución venida de ultramar. El protestantismo se glorió de ello, y nadie le disputó su fácil triunfo, pero al fin llegó el día de la verdad. Nuestros publicistas, enviados á todas las partes de la Europa y de la América, para estudiar el régimen penitenciario, llegaron por fin á Roma. M. Cerfbeer, encargado en 1839 por el ministro del interior, de inspeccionar las prisiones de la Península, se expresa así en su relación: «No dudo el creer que la reforma penitenciaria ha salido de la Italia, del centro mismo de esta nación, de Roma, en donde un Papa, Clemente XI, mandó construir en 1703, según los dibujos de Carlos Fontana, una vasta casa de corrección para los jóvenes detenidos. . . . El sistema correccional es cristiano, es católico; nació con los monasterios, un Papa lo ha bautizado en el momento en que lo hizo entrar al mundo. La América no lo ha encontrado, la América no lo ha perfeccionado; lo ha tomado de Gante, quien lo había tomado de Milan y de Roma. Sí; de Roma es de donde ha salido el movimiento que hoy se manifiesta en los dos mundos; Roma es la que ha criado la primera casa cecular, la que ha aplicado simultáneamente el aislamiento absoluto y el aislamiento mitigado; un Papa fué el que con su mano escribió los primeros reglamentos de una casa de corrección. . . . Yo, en tanto, doy una importancia mayor á restituir al pontífice romano, Clemente XI, el honor de la primera idea de la reforma penitenciaria, en cuanto á que encuentro para ello la muy poderosa razón para ganar á la causa de esta reforma, á los numerosos sectarios de la religión; pienso, además, que la reforma, debiendo ser consecuente con su origen, debe ser esen-

cialmente cristiana 1 para ser saludable.» «Católica,» porque es humilde. Roma observa á la letra el mandamiento del Salvador: «Cuando deis limosna, que vuestra mano izquierda no sepa lo que hace vuestra mano derecha.» Roma no tiene periódicos que publiquen sus buenas obras; y los viajeros, tan fáciles para vituperar á la madre y señora de todas las iglesias, no han dicho nunca una palabra que haga sospechar el tesoro de caridad que encierra en su seno. Nosotros nos creemos á la cabeza del verdadero progreso; nuestras ideas, nuestros planes, nuestros menores ensayos para el mejoramiento de las clases que sufren, las publicamos al punto como descubrimientos. Roma se calla y se contenta con mostrar en casa, por decirlo así, la realización algunas veces secular de los pensamientos que entre nosotros están todavía en estado de estudio ó de proyecto, y que no han recibido más que un débil principio de ejecución.

«Católica,» porque abraza todas las miserias humanas. Además, la miseria es una indestructible red que cubre á los hijos de Adán, desde la cima hasta el sepulcro, y más allá. Para ser católica, la caridad debe, pues, ser tan extensa como la vida, tan variada como el dolor. Es necesario que todos sus remedios, preparados con inteligencia, administrados con amor, estén de tal manera dispuestos, que formen un sistema completo, sin defectos, sin lágrimas. Pues bien, á Roma y solo á Roma, entre todas las ciudades, toca la gloria de haber realizado este maravilloso sistema. Enorgullecámonos nosotros, hijos de esa madre inmortal; si el árbol se conoce por sus frutos, ¿qué prueba más dulce y más fuerte de la verdad de una doctrina que se deja ver en tales obras?

1 Es necesario decir católica. M. Cerfbeer israelita. — *Instit. de benef.* trad. por M. de Baz lairo.